

Eduardo Nicol: el totalitarismo y el régimen de fuerza mayor en la vida. El mundo ante la violencia total

Eduardo Nicol: Totalitarianism and the Regime of Force Majeure in Life.
The World against the Total Violence

Arturo AGUIRRE MORENO y Eduardo YAHAIR BAEZ GIL

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (Puebla, México)

aguirre.arturo@hotmail.com y eduardogilyb@hotmail.com

DOI: <http://dx.doi.org/10.15366/bp2017.13>

Recibido: 25/01/2017

Aprobado: 15/02/2017

Resumen: Se propone una mirada filosófica amplia sobre la situación de la violencia en el siglo XX y XXI, y se brinda un concepto de *totalitarismo* que, finalmente, opera temáticamente en la obra del filósofo exiliado Eduardo Nicol. La finalidad del escrito es poner de manifiesto el diagnóstico de la obra nicoliana sobre un periodo y la comprensión de una época que, como sostenemos, afecta directamente a la actualidad, en la que el totalitarismo no se restringe a una esfera de lo político o a una arqueología de teorías políticas del siglo pasado; antes bien, el trazado del totalitarismo político es el de una emergente manera de ser humana, total y totalizante, en donde se dan cita formas sistemáticas de regulación y de control en el ejercicio del poder, propias de un ser sin verdad que ni da ni pide razones; propias de una idea de hombre distante del humanismo, plegada en la indiferencia, en una nueva barbarie en donde predomina la masificación social, la ideología, el movimiento y la propaganda espectacular.

Palabras Clave: Eduardo Nicol, totalitarismo, autoritarismo, Hannah Arendt, violencia, exilio republicano español.

Abstract: This article takes a critical look at the situation of violence in the Twentieth and Twenty-first century, provides, from the philosophy of exile in the work of Eduardo Nicol, a concept of totalitarianism that operates thematically in the work of the philosopher in a text published in 1942 (almost unknown until now) and throughout his work. The purpose of this written contribution is to demonstrate the diagnosis of nicoliana work over a period and understanding of an age that directly affects our present, in which totalitarianism is not restricted to a sphere of politics or an archeology political theories of the last century; rather, the trajectory of political totalitarianism is the outline of a way of being human, the total and totalizing, one without truth being, that neither gives nor asks for reasons, an idea man folded into indifference, a new barbarism enlightened in wich predominant social massification, ideology, movement and spectacular propaganda.

Keywords: Eduardo Nicol, *Totalitarism, Autoritarism, Violence, Hannah Arendt, Spanish Republican exile.*

Introducción

El siglo XX ha sido considerado, quizá irrecusablemente, como el siglo con más actos de violencia en la historia de la humanidad. Esta consideración se basa no sólo en la cantidad de muertos (160 millones aproximadamente, en conflictos bélicos)¹, sino también en los fenómenos emergentes que fueron causa de tal cantidad: guerras genocidas, exilios, ciudades devastadas por bombardeos, limpiezas étnicas, explosiones nucleares, campos de exterminio, desapariciones forzadas y un largo y lamentable etcétera.²

El problema que resalta desde la filosofía contemporánea es que estos fenómenos no se refieren a eventos aislados, sino a formas sistemáticas de la aplicación de la violencia en aras de la regulación y el control de poblaciones enteras, mundiales, en el ejercicio del

¹ Véase Sternberg, Robert J. y Sternberg, Karin, *La naturaleza del odio*, Barcelona, Paidós, 2010, cap. 7. “Aplicación de la doble teoría del odio a las masacres, los genocidios y el terrorismo”, pp. 2019-248. Asimismo, Markusen, E., y Kopf, D., *The Holocaust and Strategic Bombing: Genocide and Total War in the Twentieth Century*, Boulder, Westview Press, 1995, pp. 27-31. La iniciativa de esta relación cuantitativa sirve para advertir la magnitud del problema que señalamos, pero no para evadir la “responsabilidad de los grandes números” que se han vuelto “semantemas de la modernidad” (Nancy, Jean-Luc, *Ser singular plural*, Madrid, Arena, 2006, pp. 193-198). Por ello será conveniente, en los estudios sobre la violencia, mantener la mirada atenta más allá de la indicación del número magno, para dar lugar a procesos teóricos sobre el sufrimiento, el dolor y el daño, elementos que son constituyentes de la violencia y no simples accidentes o secuelas de la misma; puesto que detrás de cada conflicto bélico hay muertos y, sin embargo, “los muertos no son las únicas víctimas de la violencia. Por cada persona asesinada por un acto de violencia hay muchas más que han sobrevivido a la tortura, la brutalidad, la persecución, la pérdida de seres queridos, o, si tienen suerte, la pérdida de sus pertenencias y sustento. Uno puede especular seguramente que cada persona viviendo actualmente experimentará, directa o indirectamente, algún tipo de violencia”. Bufacchi, Vittorio, “Dos conceptos de violencia”, en Aguirre, Arturo y Nochebuena Anel (comp.), *Estudios para la no-violencia I. Pensar la fragilidad humana, la condolencia y el espacio común*, Puebla, 3 Norte-Afinita, 2015, p. 12.

² Véase Mann, Michael, “Explicación de la limpieza étnica moderna. El macronivel”, en Romeo Mateo, María Cruz; Sanz, Ismael (coords.), *El siglo XX. Historiografía e historia*, Valencia, PUV, 2002, p. 193 y ss.

poder que se concentró de manera casi ilimitada (como dirá Agamben, “excepcional”)³ en determinadas personas o partidos, independientemente de sus ideologías, ya fuesen democráticas, comunistas, capitalistas, socialistas.

El surgimiento de acontecimientos ejemplares y de paradigmas del siglo XX como la instauración de los regímenes totalitarios, los campos de concentración y de exterminio, los genocidios, las detonaciones de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki,⁴ vinculados todos ellos con el ejercicio de la violencia excesiva —no ya sólo como un medio de coacción y causa de daño sino también como el fin mismo del poder—, declaran la dificultad de pensar en nuevas formas de relaciones y asociaciones sociopolíticas donde la violencia no sea un intermediario. De ahí que a finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI las afirmaciones de una crisis, muerte o retracción definitivas de la filosofía, ante la desmesura suscrita, concentrara su devastación sobre la filosofía como orden de construcción conceptual, ejercicio de sabiduría y sendero espiritual diversificado de vinculación con los otros y lo otro. Campea, todo indica, la demencia y virulencia en las formas de relación contemporánea que extiende sus precedentes más inmediatos en una época en la que la razón se construyó como un sistema de respuesta a lo ineludible.⁵

I. Régimen totalitario: crisis de la política

Los resabios de la filosofía, mucha esclerótica entre tanta departamentalización, especialización, esoterismo lingüístico, revisionismo escolástico y escepticismos extremos ante el quehacer del pensar, han dado pauta para que en la pregonada crisis, decadencia, muerte o renuncia de la filosofía cultiven con agrado la astringencia del intelectual, la conversión de la literatura a la oferta y el entretenimiento a escala planetaria, el bio y ecocidio que deja una era industrial de consecuencias irreversibles.⁶ Así, en el ocaso de su vida, Eduardo Nicol afirmará frente a la “precipitación frenética” y el “vacío interior” en la época contemporánea: “Es una novedad histórica, un fenómeno que no se había producido nunca antes de nuestro siglo: es la barbarie ilustrada”.⁷ Así tiene que ser cuando se rompen

³ Agamben, Giorgio, *Homo sacer I. Estado de excepción*, Valencia, Pretextos, 2010, p. 30: “El Estado de excepción no es, pues, el caos que precede al orden, sino la situación que resulta de la suspensión de éste”.

⁴ Con una voz crítica Eduardo Subirats ha señalado que los acontecimientos arriba enunciados, los campos de concentración y exterminio y el lanzamiento de las bombas atómicas en 1945, pusieron de manifiesto un “límite de nuestra comprensión de la violencia” que, paradójicamente, puso fin a la II Guerra Mundial pero marcaron el inicio de un “Estado atómico mundial”, Véase Subirats, Eduardo, *Filosofía y tiempo final*, 2^a ed., Puebla, Afinita, 2014, p. 54 y ss.

⁵ Resulta indicativo el análisis que efectúa Nicol sobre la construcción histórica, humana, de un régimen de necesidades y posibilidades, frente al incremento de los “ineludibles”: aquellas necesidades frente a las cuales no se tiene opción, es decir, frente a las que se astringe la libertad. Un régimen total, como indicará Nicol, en que cierta racionalidad opera de manera *sui generis*: respondiendo a la forzosidad. Nicol localiza el despliegue de esa construcción del “régimen de fuerza mayor” con la filosofía de Francis Bacon. Véase Nicol, Eduardo, *La reforma de la filosofía*, México, FCE, 1980, p. 56: “El plan de vida que instituye Bacon en los albores de la modernidad tiene que ser sometido finalmente a otra índole de prueba: como sistema de una *paideia*. ¿Qué clase de hombre aspiraba a formar la nueva filosofía? Sin responder a esta pregunta ella sola nos conduce a otras: ¿de qué manera terminó la época moderna? ¿Qué puede hacer el hombre de hoy con su vida, condicionada con la herencia que legó el hombre moderno?”.

⁶ Véase Nicol, Eduardo, *El porvenir de la filosofía*, México, FCE, 1972, p. 10. Asimismo, en el mismo volumen el parágrafo 7: “La lucha por la vida. Desequilibrio entre la cultura y la natura: la mediatización”, pp. 64-75.

⁷ Nicol, Eduardo, *Las ideas y los días. Ensayos e inéditos*, Arturo Aguirre (comp.), México, Afinita, 2007, p. 448, “Origen y decadencia del humanismo”.

los límites de las proporciones entre las limitantes y las posibilidades, rotura que da lugar a una barbarie disimulada entre supuestos culturales, educativos y democráticos, así como sus procesos tecnológicos y de excepcionalidad.⁸

En estos procesos se inserta la estructuralización sistemática del daño y dolor desde el poder, lo desaforado del consumo y la maquinaria industrial que proceden a la producción de la desigualdad y la liquidación de memorias culturales diferenciales; pero, también, exhiben o la duda extrema sobre la racionalidad alternativa o bien la renuncia de la razón filosófica ante un orden que avanza con la intención de someterlo todo ante la inconsciencia extendida. Así Nicol:

La historia ha generado multitud de cosas horrendas pero no existe una tradición de la maldad. Distingamos entre lo malo y la maldad. La maldad es la propensión al mal y la capacidad de producirlo. Es ella, también, una manera de ser: el polo opuesto del humanismo, en donde la maldad no cabe. Esta oposición existencial explica que la maldad ya no sea en nuestro siglo el rasgo diabólico de un simple individuo, que por ello resalta entre los demás... ¿Cuál es el personaje singular que representa la maldad en nuestro siglo? No existe, o bien está en la masa: la maldad es la epidemia de nuestro siglo. Y como el humanismo no puede contagiarse, porque es incorruptible, el humanismo simplemente cede terreno a la mancha negra. *Entre el extremo de la maldad y lo extremo del humanismo, queda la zona gris de la indiferencia, o de la inconsciencia: la de los hombres que no saben de sí.*⁹

Por nuestra, parte estamos convencidos de que entre inconsciencias e indiferencias, corresponde a esta generación, en toda latitud, hacer contracorriente de la herencia de violencias incontables y depredaciones sumarias del siglo más violento de la historia; *dar razón* del fondo mismo del ejercicio de la necropolítica, la biotecnología, los sesgos de la historia glorificadora, que hundan sus raíces en amplios procesos de consolidación pragmática y señaladamente en el totalitarismo del siglo pasado; pues existe en el trasfondo de las relaciones sociopolíticas actuales esta nueva barbarie, propia de una razón diferente que pone en cuestión el concepto y los conjuntos discursivos de una supuesta *civilización*, más sutil en sus alcances; esto es, más rampante en el espacio tanto público como privado e invasiva de la intimidad.

Estamos, como sugiere Nicol, frente a una racionalidad que utiliza los mismos flujos discursivos de nuestro habla: comunidad, orden, bienestar, ciudadanía..., los cuales se conjugan constantemente con términos como crisis, rescate, inclusión, derechos humanos y un sinnúmero de gramemas de este lenguaje serpenteante entre acciones de sometimiento y exterminio. Es este el despliegue de una racionalidad que no da razones, que no es crítica de sus alcances, fundamentos, aspiraciones, finalidades y posibilidades, sino que es la exposición permanente del fin único y forzoso: sus funciones y acciones, conducidas a la

⁸ *El porvenir de la filosofía*, op. cit., p. 334 y ss. En estas páginas Nicol discurre sobre esta “nueva barbarie” ilustrada desde el análisis de las forzosidades, es decir, la alteración y decadencia de la cultura y la política por sus finalidades que ya no son la comunidad humana, signada por la diferencia, mismidad y diversidad de las individualidades, sino otras como la defensa de la especie y la in-diferencia de las individualidades. Ello porque la única disposición que vale ahora no es el dispositivo de atención formativa a la existencia, sino la disposición perseverante hacia la defensa de la pervivencia y sus consecuentes “dispositivos” de poder. Así: “El hombre tiene que defenderse de sí mismo: del aumento de la población, y de sus propias innovaciones técnicas, las cuales lo deshumanizan a él y desnaturalizan a la naturaleza”. *Ibid.*, p. 335. Véase también Aguirre, Arturo, *Primeros y últimos asombros. La filosofía ante la cultura y la barbarie*, México, Afinita, 2010, p. 198, disponible en <http://ru.ffyl.unam.mx:8080/bitstream/10391/677/1/Primeros%20asombros%20Creative%20Commons.pdf>

⁹ Nicol, Eduardo, *Las ideas y los días*, op. cit., p. 448.

subsistencia, disfrute y expansión de la humanidad, eliminan el dominio de las alternativas y las finalidades, el de la diferencia y lo otro, así como el hecho de que suprimen la importancia de los individuos en relación con el todo. En resumen: el régimen totalitario de la razón.¹⁰

De acuerdo con Nicol, la vida humana se instala en este *orden*, o mejor dicho, *régimen*, estructurado de manera secuencial y paulatina en donde irrumpe la necesidad, lo imperioso, con el rasgo de la temporalidad de lo urgente y del instante; motivo por el cual parece que el daño y la desigualdad provienen de un movimiento y ya no más de una estructura o sistema, de una anonimidad irreferencial sin agentes que nos hace fuerza, que nos fuerza a *todos* de manera singular pero del que nadie queda fuera. El resultado de esta forzosidad total es un antagonismo que violenta la relación entre los seres humanos, el cuidado de la existencia y el “alma del mundo” de la naturaleza; que violenta las posiciones y disposiciones del hombre en su habitar con ideas, tradiciones, creencias y convicciones, el cultivo del presente y el porvenir, y la memoria de lo ya sido.¹¹ Una secuencia constante e irrefrenable, tanto como flexible, que avanza sobre todos y sobre todo, exigiendo a *todos* ceder uno a uno; y de lo cada uno, lo que forzosamente se necesita para subsistir como totalidad de sujetos, comunidades-nación o especie. Todos aquí exigidos a una para completar una tarea indiscutible del todo y que no es una coincidencia extraordinaria de procesos que naciones, regiones o zonas geopolíticas de pronto hayan asumido, sino que hunde sus raíces en y recorre la savia de aquello que hace menos de un siglo tuvo una forma de ser enunciado: totalitarismo.

II. Esclarecimiento de algo llamado *Totalitarismo*

El concepto de totalitarismo, confeccionado sucesivamente en su aplicación desde la década de 1920 en Italia, pasando por los totalitarismos raciales, hasta los políticos y teológicos, trazaban el dintorno de un Estado que se presumía pleno, completo, y que para tal efecto se autodefinía como la secularización de la omnipotencia divina en una amplia y extensa forma de control social de los individuos¹², así como medio de salvación universal en el sentido de un mesianismo secularizado, totalmente consagrado bajo formas de violencia simbólica, estructural, psicológica y o material.

La exigencia a todos para que lo cedan todo operó ahí de manera tripartita: *i)* canalización de la propaganda sobre la necesidad del orden instaurado, *ii)* infinita organización militarizada que da cabida a una idea aspiracional entre los civiles para incorporarse en cualquier momento al corporativismo militante, con un sentido de la historia; y por último, *iii)* uso instrumental y sistemático del miedo y el terror sobre la

¹⁰ El concepto de régimen totalitario de la razón aparece formulado conceptualmente en 1970, en el artículo de Nicol “El regimen de la verdad y la razón pragmática”, *Dianoia. Anuario del Instituto de Investigaciones filosóficas*, México, UNAM, Año XVI, núm. 16, 1970, pp. 132-143. Tendrá reformulaciones en *El porvenir de la filosofía*, op. cit., 2ª parte; *La reforma de la filosofía*, op. cit., § 28, “La razón de fuerza mayor”.

¹¹ En este sentido entendemos por *memoria* la articulación de las tradiciones culturales de una sociedad, de las narrativas y expresiones que la representan, sus formas de relación con otros hombres y con el mundo, sus creencias y la manera en cómo todos estos elementos se transmiten generacionalmente y constituyen una nueva forma de concebir y vivir el mundo presente. La *memoria* se integra como categoría temporal a la noción nicoliana de hombre: “El hombre se renueva a sí mismo haciendo algo distinto de lo que hizo antes, o haciendo lo mismo de manera diferente. La renovación está en el hacer, el cual es siempre, formalmente, una combinación de lo nuevo con lo viejo”, Nicol, Eduardo, *La idea del hombre*, 2ª versión, México, FCE, 1977, p. 40.

¹² Ebenstein, William, *El totalitarismo. Nuevas Perspectivas*, Buenos Aires, Paidós, 1965, p. 34.

población. Remitimos en este sentido a las palabras de Hannah Arendt cuando afirma en su análisis del totalitarismo: “La atracción del totalitarismo se da a través de la propaganda y el terror. Adoctrinamiento y violencia, no como gestores del miedo sino como medios de realización constante”.¹³

Arendt sentó los rasgos generales del concepto de *totalitarismo* que ha definido una de las posturas clásicas¹⁴ para entender este fenómeno. Además, determinó el debate filosófico-político al brindar elementos necesarios para la comprensión categorial del totalitarismo en su obra de 1951, *Los orígenes del totalitarismo*. Arendt no se limitó a comprender los acontecimientos históricos violentos ocurridos en torno a la II Guerra Mundial en Europa, sino que se empleó en comprender los acontecimientos que significaron el nazismo y el estalinismo como regímenes políticos únicos en la historia de Occidente; pues éstos ya no podían ser definidos por las formas de opresión políticas clásicas de despotismo, tiranía o dictadura.¹⁵ Más bien significaban ellos mismos la ruptura en la comprensión de los Estados modernos y ponían en cuestión otros presupuestos de la filosofía política acerca de lo legal, del poder y, sobre todo, de la vida humana misma.

Es difícil determinar los momentos exactos en los que se originó el totalitarismo como régimen político en Europa. Sin embargo, es posible señalar las características más importantes que posibilitan el surgimiento de los regímenes totalitarios a partir de la síntesis de ciertos elementos. Los estados totalitarios se apoyaban en los movimientos de las masas, cuya postura política poco clara los hacía susceptibles de los discursos nacionalistas característicos del nazismo, pronunciados por dirigentes políticos carismáticos que apelaban a la superioridad racial y a un particular apego a la lengua, a la tierra y al hecho de que esa superioridad estaba determinada por la sangre. De acuerdo con Arendt, el totalitarismo no implementó un sistema unipartidista sino que en su lugar implantó movimientos de masas con la finalidad de expandir su dominio político. La concentración total de poder no recaía en un partido como pasa en los estados autoritarios, sino en un dirigente y en sus colaboradores más cercanos. En esta línea, a Arendt le interesa distinguir puntualmente que tanto el nazismo como el estalinismo ya no se configuran como estados políticos ni siquiera como estados centralistas y absolutos. Por esa razón y como asegura Simona Forti, los regímenes totalitarios

Lejos de organizarse en una estructura monolítica, el aparato institucional y legal totalitario se mantiene extraordinariamente dúctil y móvil, para poder permitirse así la más absoluta discrecionalidad. Por esto, se multiplican las oficinas, se superponen las jurisdicciones y se

¹³ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1974, pp. 527-528.

¹⁴ Además de Arendt, otra postura clásica viene dada por los estudios de Carl J. Friedrich y Zbigniew K. Brzezinski, que de manera descriptiva y analítica señalan seis elementos inherentes al régimen totalitario moderno: *i)* todo régimen totalitario dispone de e impone una ideología oficial que determina la comprensión de todos los ámbitos de la vida de los seres humanos; *ii)* se compone de una estructura jerárquica dirigida por un líder y un partido único de masas; *iii)* usa los aparatos de la policía secreta para cumplir sus fines, los cuales consisten en el hostigamiento y la eliminación de la oposición política al régimen y la eliminación de un sector racial elegido arbitrariamente. Asimismo, dicha policía se apoya en el partido único y en la ideología que éste ha impuesto; *iv)* monopoliza absolutamente en manos del partido único todos los medios de comunicación masiva como la televisión, el cine, la radio y la prensa, y se sirve de los medios tecnológicos a su alcance para el dominio mediático de las masas; *v)* monopoliza absolutamente en manos del partido único los instrumentos de la lucha armada; *vi)* controla y centraliza toda la economía a través de la estructura burocrática controlada por el Estado. Véase Bobbio, Norberto; Mateucci, Nicola; y Pasquino, Gianfranco, *Diccionario de política*, Vol. II (L-Z), 12 ed., México, Siglo XXI, 2000, p. 1575 y en general el análisis del concepto “Totalitarismo”, pp. 1574-1588.

¹⁵ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, op. cit., p. 559.

trasladan continuamente los centros de poder. Solamente el jefe totalitario, junto con un reducidísimo círculo de colaboradores, tiene en sus manos los engranajes reales del poder, que no se utiliza en modo alguno para servir intereses de partido.¹⁶

Una diferencia importante entre el poder de un régimen totalitario y el de un Estado autoritario es que mientras este último ejerce el poder para eliminar a la oposición en beneficio de un partido gobernante único, aún gobierna bajo la lógica de los medios-fines; en el totalitarismo, en cambio, los medios se convierten en fines ya que además de eliminar a la “oposición real” hace uso del aparato policiaco para “eliminar al llamado ‘enemigo objetivo’: el que no tiene intención de oponerse al régimen, pero que es adversario por definición ideológica”.¹⁷ El totalitarismo aspira al poder sobre todos los aspectos de la vida humana y lo hace a través de dos rasgos que le son fundamentales y lo distinguen del autoritarismo: el terror y la ideología.

La ideología como auténtico fundamento del totalitarismo se legitima en una Ley sobrenatural y superior a las leyes positivas bajo las cuales incluso funcionan los estados autoritarios. La ley positiva de los estados autoritarios tienen la intención de establecer un orden de límite y prohibición hacia los ciudadanos¹⁸; el totalitarismo, en cambio, no rechaza la ley positiva sino que la subordina a la “ley del movimiento de una fuerza sobrenatural, la Naturaleza o la Historia”, cuya finalidad es llevar a cabo la generación de una humanidad que “sacrifica al individuo en favor de la especie, y asimismo las partes en nombre de un todo”.¹⁹ Dicha humanidad se refiere a sí misma como la totalidad del cuerpo político perfecto y racialmente superior, que tendrá todas las facultades y justificaciones para erradicar el mal; es decir, para eliminar a las “razas inferiores” que pongan en peligro su propia sanidad.

De acuerdo con Arendt, la ideología, base fundamental del totalitarismo, cumple al menos tres funciones: *i*) pretende explicarlo todo, “no lo que es, sino lo que ha llegado a ser, lo que ha nacido y lo que ha pasado”.²⁰ Se ocupa por tanto de la explicación total de la Historia y anticipa lo que ha de suceder; *ii*) se torna superior a la realidad, pues prevé más allá de la realidad que nos es dada e interpreta en todo acontecimiento real un “significado secreto”. De esta manera, establece la invención de un acontecimiento superior a la comprensión de los sentidos humanos; *iii*) dado que no es capaz de transformar por sí misma la realidad, la ideología totalitaria procede a la invención de axiomas a partir de los cuales deduce lógicamente cualquier hecho, pronosticando así hechos que había predicho, de tal modo que la propia experiencia ya no tiene incidencia en ella ni puede modificarla.²¹ A todo ello podemos sumar la “declinación de la política discursiva”, que Nicol advierte cuando enuncia que “la efectividad de la operación verbal sobre la colectividad, no es el contenido significativo que requiere comprensión individual. [...] Cuando en el régimen de

¹⁶ Forti, Simona, “La construcción de un concepto”, *El totalitarismo: trayectoria de una idea límite*, Barcelona, Herder, 2008, p. 80.

¹⁷ *Ibid.*, p. 81.

¹⁸ El *autoritarismo* es una forma de Estado caracterizado por la concentración del poder político en un individuo, un órgano político o partido. La concentración del poder político no permite la existencia de una oposición a dicho régimen. En general, un régimen autoritario busca minimizar o suprimir por medios coercitivos la participación política de los subordinados, sean estos colectivos o individuos, al tiempo que elimina o nulifica las instituciones y procedimientos que permitirían transmitir la autoridad de un Estado a sus bases políticas. Véase N. Bobbio, N. Mateucci, y Gianfranco Pasquino, *Diccionario de política*, op.cit., vol. 1 (A-J), p. 125.

¹⁹ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, op. cit., p. 565.

²⁰ *Ibid.*, p. 570.

²¹ *Ibid.*, pp. 571-572.

la cosa pública ya no haya lugar para el discurso, o sea para el diálogo, ya no habrá política propiamente dicha: la habrá sustituido otra índole de régimen enteramente distinta”.²²

El otro aspecto del totalitarismo, el *terror*, tiene la finalidad de injerir sobre todos los aspectos íntimos y sociales de la vida humana, impidiendo todo tipo de asociación política y provocando que los individuos se desarticulen de toda relación entre ellos, pues el terror funciona mayormente en personas aisladas. Podríamos decir que mientras que el terror impide todo tipo de relaciones socio-políticas entre los individuos, la ideología “arruina las relaciones con la realidad”.²³

La idea de que el totalitarismo pretende el control total de la vida humana, de su modificación y su capacidad de dar muerte, alcanza su representación culmen en los campos de exterminio, producidos por los regímenes totalitarios para eliminar a “enemigos” potenciales, y en los que se ejerció una violencia impensable hasta ese momento; esa violencia que Primo Levi llamó “violencia inútil”,²⁴ y que es ejemplar para describir las pretensiones para “experimentar los postulados ideológicos del régimen”.²⁵

Ésta podría ser una distinción importante entre un régimen totalitario y un Estado autoritario. Este último logra centralizar todo el poder en un partido y es capaz de eliminar a toda la oposición política, así como de limitar los derechos políticos de los ciudadanos, como el de libertad y de expresión, pero no aspira a eliminar todas las diferencias individuales. En cambio, un régimen totalitario aspira a la homogenización de la población y a la supresión de toda garantía individual de derecho político de los ciudadanos. Eliminará así, en términos generales, cualquier diferencia cultural, política y social que no se adapte a su orden y, sobre todo, tendrá la facultad de crear instancias indeterminadas entre la legalidad y la ley (como el campo de concentración) y será capaz de dar muerte, bajo un discurso legitimado por una ideología, a quien considere su enemigo potencial.

Otra distinción clara entre autoritarismo y totalitarismo remite al trabajo de Mario Stoppino, quien distingue entre estos dos regímenes por sus características particulares referidas al “grado de penetración y movilización política de la sociedad y a los instrumentos a los que recurre de una manera característica la élite gobernante”.²⁶ Los regímenes autoritarios se caracterizan por un mínimo grado de movilización y de penetración en las bases políticas de los sometidos, y su dominio sobre los ámbitos de la vida política es constante aunque limitada, pues permite la organización de grupos de oposición menores. Asimismo, monopoliza los medios de comunicación para legitimarse por medio de la glorificación y la propaganda del poder de turno, y para lograr sus propósitos recurre –afirman Arendt²⁷ y el propio Stoppino²⁸– a métodos coercitivos tradicionales: los dispositivos policíacos y la burocracia. En el totalitarismo –señala Stoppino²⁹– el grado de movilización de la sociedad es mayor al del autoritarismo y además queda subsumido en el poder del régimen, lo que garantiza la penetración total del poder

²² Nicol, Eduardo, *El porvenir de la filosofía*, op. cit., p. 207.

²³ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, op. cit., p. 574.

²⁴ Véase el capítulo homónimo de Primo Levi que evidencia una violencia cuya finalidad no era otra que aplicar la violencia por sí misma. Por otro lado, muestra la lógica de degradación de los seres humanos concentrados y posteriormente asesinados en el *Lager*. Véase “Violencia inútil”, *Trilogía de Auschwitz*, Barcelona, Océano, 2012,

²⁵ Fortí, Simona, *El totalitarismo: trayectoria de una idea límite*, op. cit., p. 82.

²⁶ Bobbio, Norberto, Mateucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco, *Diccionario de política*, op. cit., p. 132.

²⁷ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, op. cit., p. 559.

²⁸ *Ibid.*, pp. 132 y 133.

²⁹ Véase Bobbio, Norberto, Mateucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco, *Diccionario de política*, op. cit., pp. 125-136.

político en todos los ámbitos de la vida, desde la economía, los medios de comunicación, las instituciones educativas y religiosas hasta las instancias más íntimas de los individuos, pasando por todos los grupos sociales y redes familiares.

Así, el poder del régimen totalitario, canalizado en el movimiento de un partido único que adhiere a él a las masas, se caracteriza por la implementación de un alto grado de determinismo ideológico que entraña “una intensificación muy acentuada de la violencia: de ahí la importancia, en estos casos extremos, de la policía secreta y de los demás instrumentos de terror”.³⁰

El uso de estos “instrumentos de terror”, la violación de la intimidad de la vida humana y, en general, el dominio del poder en “*todos los aspectos de la vida*” implicó una frontal injerencia en la esfera privada, en la que tanto deberes como derechos, así como la dignidad y la autoestima quedaron en constante peligro y excepcionalidad. Una maquinaria cuyos dispositivos empleados para concretar la política fue la de neutralización y eliminación mediante procesos judiciales y en la sombra, tanto de oposiciones, opciones y opositores, delimitando los campos y borrando insistentemente las líneas de ficcionalización individual en la participación del poder, para realizar así una subordinación completa (de la diferencia y el movimiento, de la tensión temporal y el cambio); es decir, una suspensión total de toda fluctuación o agrupación diferenciada frente al Estado, fácticamente totalizador.

III. La política y el totalitarismo en Eduardo Nicol

En una era global y de la aglomeración, las notas del totalitarismo del siglo XX que aquí enunciamos no pueden siquiera presuponerse superadas. El totalitarismo como parte del pasado, encarnado en los personajes malignos (revés de su propia autoproclamación de liberación total del pueblo, como lo fueron Hitler, Stalin, Franco, Pol-Pot, Mussolini, Perón, y un desfile de figuras consagradas), mantiene una vigencia, no en su vana personificación sino en su propia organicidad técnico-industrial, militar y necroflica. “Un anonimato que contribuye considerablemente a la singularidad de todo el fenómeno”³¹ y oscurece los comienzos de la aplicación sistemática de la fuerza. Padecemos y agenciamos una nueva forma de organización, que no es aquella en la que nos alineamos, entre izquierdas y derechas, sino aquella a la que debemos resistir y a cuya explotación y expolio debemos oponernos. Una nueva forma que hunde sus raíces en el uso de disimulos más sutiles, puestos en tránsito desde representaciones de derechos universales, liberalismos flexibles ante los corporativismos, semiologías de democracias soberanas y necesidades de seguridad frente al terrorismo encarnado en otro preconcebido. La propaganda de antes se vuelve ahora espectáculo; la militarización de ayer es hoy la infiltración de la vigilancia electrónica cuyo espionaje rasca entre la privacidad, la intimidad y la secrecía de los gobiernos y los civiles;³² y el orden del terror se impone como un paisaje de horrores de ultrajamiento que expone, en su extensión e intensidad, la vulnerabilidad humana como nunca antes en la historia.

Pero esto, como buscamos mostrar, tiene su historia y su relación. Ya en el año de 1942 y desde México, país en el que vivió su exilio, el entonces joven filósofo Eduardo Nicol

³⁰ Ibid, p. 133.

³¹ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, op. cit., p. 557.

³² Véase Constante, Alberto, “*Deep Web: entre lo público y lo privado. Las zonas profundas*”, en Constante, Alberto; Chaverry Soto, Ramón, *World Wide Web y la formación de la subjetividad*, México, UNAM-Afinita Ed., 2015, pp. 139-157.

ensayó en el texto “Meditaciones públicas. El Hombre sin verdad” algunas aproximaciones que son claves de comprensión de lo que aquí venimos enunciando.

Las indicaciones de ese texto mantendrán una vigencia tal, que treinta años después adquirirían forma en lo que será uno de los libros más inquietantes de la literatura filosófica en español: *El porvenir de la filosofía*, de 1972.

Cabe destacar que los análisis de filosofía política contemporánea son pocos en la obra nicoliana, así como tardías las remisiones al tema de su propio exilio antes de morir en 1990. Sus reflexiones generales sobre la política de su tiempo pueden encontrarse en artículos de ediciones periódicas, pero ningún texto remite a un tratado sistemático sobre esta cuestión. Se trata de un pensador que había asumido como trabajo de vida revolucionar el sistema de la metafísica desde sus fundamentos, con la categoría de *expresión*; revolución que podría dar la pauta, como él mismo esperaba, para pensar otras formas posibles de política, estética, ética, epistemología, sistemas de comunicación... en lo que denominaría el desarrollo de una *filosofía de la expresión*.³³ En fin, un texto inédito por razones indescifrables en sí mismo, escrito en el periodo de furia mundial de la guerra y que pone en acto a un pensador que ha decidido desde sus años de estudiante no participar en política, aunque sí lo hiciera en la guerra civil española desde el 19 de abril de 1936, en Barcelona, y cuya derrota le significara el destierro.

El texto abre con la afirmación: “Tal vez es tiempo de que nos ocupemos de la política quienes nunca intervenimos en ella”.³⁴ Expresión que repetirá en 1987 cuando en su Currículum —inédito hasta 2007— comienza expresando “Nunca he intervenido en política”.³⁵ Esta renuencia nicoliana, más que hablar de la apoliticidad del pensador, nos habla de la alteración cualitativa de la creación política que en Grecia tuvo pie y que Nicol estudiará en las dos versiones de *La idea del hombre*.³⁶

Así, el problema de la política de hoy, dice Nicol:

[...] es más hondo y más amplio [...] Puede consistir en una operación de la que no hay antecedentes en toda la historia política del mundo occidental, desde Solón hasta nuestros días. Ocuparse de política puede ser ahora defenderse de ella, de su intrusión porfiada y violenta en nuestras vidas. A los que como digo, nunca quisimos intervenir en ella, nos ha ocurrido en estos tiempos que ella ha querido, de todos modos, intervenir en nosotros, hacernos víctimas de su intervención. Y hemos tenido que estar tolerando su penetración en todos los aspectos de la vida, inclusive en la propia intimidad.

Este ha sido el daño total que la política nos ha producido. [...] La política no nos ha dejado en paz. Y no se quiere decir que ella haya traído al fin esta guerra total. Guerras las hubo siempre, y esta de ahora no es total porque se empleen *todas* las armas contra *todo* el mundo en *todas* partes. Es *total* porque lo arriesgamos *todo*. Es *total* porque es una guerra interior: no hay frente marcado en la guerra. El frente no es más que un episodio militar. La guerra auténtica se libra en el interior. ¿En el interior de qué? En el interior de cada nación, en el de cada partido, en el de cada familia, en el de cada espíritu vigilante y doliente...

Todavía la gente no sabe lo que pasa. No saben lo que les pasa. Pues esto que pasa no es más que lo que a ellos les pasa, lo mismo a quienes sufren que a quienes no llegó el sufrimiento.³⁷

³³ Véase Nicol, Eduardo, *Metafísica de la expresión*, 1ª versión, México, FCE, 1957, p. 9.

³⁴ Nicol, Eduardo, *Las ideas y los días*, op. cit., p. 57, “Meditaciones públicas”.

³⁵ *Ibid.*, p. 15, “Ethos y expresión”.

³⁶ Nos referimos a las versión de 1946, reeditada por Herder en 2007, y la otra del Fondo de Cultura Económica de 1977.

³⁷ Nicol, Eduardo, *Las ideas y los días*, op. cit., p. 58.

En este texto de 1942, Nicol enuncia sucesivamente términos como violencia, confusión, sufrimiento, e insiste en los lexemas de *todo* desde la exterioridad de un “todo el mundo” hasta el tránsito implícito en “todas partes”, desde “todas las armas” hasta “toda la interioridad”; esto es, no sólo el daño a la integridad del cuerpo, sino también la confusión *total* en la manera de estar dirigidos al mundo los hombres de hoy.

Enfatizamos que en sus “Meditaciones de la violencia” incluidas en el *Porvenir de la filosofía*³⁸ de 1972, Nicol subraya con mayor agudeza el hecho de que la deformación de la existencia no radica en una mala gestión o administración de la política, sino en la alteración de esta última por el omnipresente “sentido de la violencia” y su relación con las demás energías y cualidades de la vida humana. Por lo vaga y difusa que llega a ser la violencia desde las “fórmulas inequívocas de la propaganda”, la política promueve un sistema de odio no sólo civil sino también humano; cala hondo no sólo como juego de adversarios u opositores, sino también cuando preconiza la fuerza y el exceso en tanto que razón suprema de su eficacia en el ordenamiento.

Las pasiones tristes e intereses malsanos, que eran el tema variable de las violencias, quedan ahora reducidas a pretexto en el proceso de una vivencia limitada y en permanente situación extrema porque la situación en sí misma lo exige. La supuesta excepcionalidad de la violencia, aplicada constantemente, deja ver –afirma Nicol– su ampliación a todos los órdenes de la vida y a todos los hombres, como si ella se hiciese anónima y se asumiera como necesaria para vivir.

Así, la idea insistente en ambos textos de Nicol es la de “totalidad”. Una totalidad que, al dirigir la violencia, la propaganda o la colonización vital de la racionalidad instrumental (el régimen de fuerza mayor), ni siquiera respeta lo que Nicol llama “las vocaciones libres”; es decir, el espacio de creación y autocreación de los individuos y las comunidades en sus posibilidades abiertas, en el sentido de que no se presta a la instrumentalidad misma, como son la ciencia, la religión, el arte y la filosofía.³⁹

El problema es entonces radical. El totalitarismo político se transmuta así en una forma, no ya de la política, sino de la vida global, ante las premuras del enemigo, del fin del mundo, del crecimiento demográfico, de la acumulación de la riqueza. La falta de espacio y de tiempo engendra un ser larvario, aquello que Nicol en 1942 enuncia como un “ser sin verdad”, producido en la manufactura de la *novam* política que ambiciona ser absoluta, rigurosa, exacta, total. Afirma Nicol que:

El hombre anda sin verdad. Esta es la confusión. ¿Y quién pudo arrebatársela y traer la confusión y la tiniebla? *Yo acuso a la política*. La confusión es la política cuya misión es, justamente, organizar y encauzar los pareceres, armonizar su diversidad y hacer posible la convivencia. ¿Cómo pudo ocurrir esto entonces? Tuvo que ser porque la política desbordara su misión propia e invadiera la ajena. [...] La política ha querido convertirse en el órgano de la verdad, misión que nunca, hay que entenderlo bien, nunca fue la suya y esto ha trastocado enteramente el mundo [...] [porque] lo invade todo y lo confunde todo.⁴⁰

Como demuestra en sus trabajos incluidos en la *Idea del hombre*, la *Metafísica de la expresión* y *Los principios de la ciencia*, Eduardo Nicol insiste en que la ciencia, la religión, el arte y la filosofía son zonas del saber que crean, mantienen y recrean formas de concepción de mundo, diferentes y diversas; por su parte, la política consistiría en el arte de

³⁸ Nicol, Eduardo, *El porvenir de la filosofía*, op. cit., p. 45-63.

³⁹ Nicol, Eduardo, *La vocación humana*, México, El Colegio de México, 1950, pp. 29-32.

⁴⁰ Nicol, Eduardo, *Las ideas y los días*, op. cit., p. 59.

la convivencia civil, eso que desde antiguo se llamó la *techné politike*, el arte de gobernar. Pero esta idea se ha extrapolado, como vemos, de una manera inusitada en el siglo XX, pues “¿acaso la finalidad no era regular y normar la convivencia?”⁴¹ ¿Acaso vivir no es estar en convivencia? Y ya puestos en esto, ¿acaso no toda relación es convivencia que puede ser regulada y normada? De ahí se siguió que ningún aspecto de la convivencia, ninguna relación de la vida podría quedar exenta de la total regulación política: la familia, la amistad, el amor, las palabras, los gestos, nuestra oposición, nuestras opciones, nuestro diferir, nuestros secretos, también la espacialidad, la virtualidad, las variadas expresiones artísticas y las memorias populares, en fin: la vida y la muerte.

Y así fue —afirma Nicol—

como surgió en nuestros días una política nueva, un nuevo órgano que tiene la pretensión de ser órgano único de la verdad e instrumento único de su imposición. Y este es el error... y este error ya es el mal. Se pasó de la línea, transgredió todas las líneas, todos los límites. Toda verdad religiosa y filosófica, y aun científica [...] han sido aniquiladas. No menos que esto es lo que significa invertir la jerarquía y ponerlas a ellas al servicio de la política [...] No sólo hace el mal quien convirtió a la política en órgano de la verdad. Aunque se opongan a él, también lo hacen aquellos que renuncian a la verdad.⁴²

IV. Conclusiones

A lo largo de este artículo hemos hecho una revisión de ciertas características particulares de la violencia colectiva del siglo XX. Hemos relacionado conflictos bélicos, exterminios y genocidios sistemáticos, desplazamientos y exilios masivos, así como capacidades de letalidad acelerada de armas, con una alteración sustantiva en la forma de convocar, mover y mantener efectivamente una asociación política emergente en el siglo pasado: el totalitarismo.

Con la orientación de Hannah Arendt y otros pensadores hemos trazado los rasgos generales de una organización y realización del poder que se desarrolló de modo centralizado, bajo el dinamismo de un partido único, caracterizado por la adhesión paulatina de militantes y adeptos, a través de dispositivos ideológicos y por el acentuado dominio de la violencia en la vida común.

En este sentido, nuestra contribución ha consistido en esclarecer, a partir de la obra de Eduardo Nicol —filósofo catalán exiliado en México, como consecuencia de la derrota de la II República española y la permanencia del franquismo— que el totalitarismo no se redujo a la esfera del quehacer político; antes bien, forma parte y es evidencia patente de un proceso histórico iniciado con el programa de la Modernidad, misma que inauguró de modo irrefutable —a manos del filósofo Francis Bacon, según Nicol—, no ya el proceso exponencial de una razón pragmática, sino también la configuración de un nuevo régimen de vida: el régimen totalitario de la razón de fuerza mayor. Para Nicol, la política, a la que entonces se dotó de la facultad del dominio total sobre la vida humana, conlleva así el surgimiento de un nuevo régimen totalitario que altera de manera fundamental la disposición del hombre frente al mundo. El asunto, como verá el pensador español, viene de lejos: de la comprensión del ser y de la realidad, de sus categorías para ser pensados, pero también de la forma histórica que la ciencia y la política han tomado desde la Modernidad,

⁴¹ Ibid., p. 61.

⁴² Ibidem.

y específicamente en el siglo XX. Nicol advertía una forma de totalitarismo más allá de la política: el que conocemos hoy día y que se juega sus totalidades, no bajo una ideología, sino bajo una epistemología necropolítica y biocida que traspasa, efectivamente, todas las líneas y limitaciones.

Por ello, en la obra de Nicol las categorías de una des-totalitarización, como presumía ya Arendt en 1945-1946, se avizoran inviables. A la política, concebida de manera tradicional, le es adversa esta nueva política totalitaria que lacera la politicidad de la proximidad humana y la relación con el planeta; además de que está frontalmente dañado el órgano de la razón que podría ser agente de un análisis crítico: la filosofía, acosada y desamparada, no ya por los colectivos gustosos del entretenimiento, sino también por las academias que en silencio y con indiferencia, de una manera cada vez más generalizada y total, se co-implican con una racionalidad agresiva y nihilista.

La idea del hombre actual, orientada por la megalomanía de este ser sin verdad se impulsa por un poder militar, financiero y político que, como afirmara Arendt en *Sobre la violencia*⁴³, rompe cualquier vínculo de comunidad y con su propia historia. Una demencia, afirma Nicol, una racionalidad sin razones que se presume y se activa como totalitaria y destructiva, misma que pone en crisis no sólo el porvenir de la filosofía, no sólo lo posible de la política y la historia, sino que además extermina de manera sistemática a este nuevo hombre que lo hace todo sin verdad. Esto, tiene razón Nicol, es digno de una meditación pública, sobre la publicidad de tanta maldad y yerro.

⁴³ Véase H. Arendt, *Sobre la violencia*, Madrid, Alianza, 2006.

